

INTRODUCCIÓN

Al dar a la imprenta este segundo volumen de las *Narraciones históricas* de Francisco de Castellví nos ha parecido útil introducir de forma breve a los lectores en su contenido y en algunos de aquellos rasgos que creemos más importantes y significativos, y que a veces hay que encontrar en medio de las meticolosas descripciones con que el autor explica los acontecimientos, especialmente los bélicos. No por ello pensamos que estos aspectos deban despreciarse, no sólo porque también forman parte de la historia sino porque el autor aporta en ellos a veces su contribución personal, y por tanto inédita.

Al fracaso de Felipe V ante Barcelona y la posterior entrada de las fuerzas austríacas en Madrid siguió su retirada hacia Valencia y la decisiva batalla de Almansa. Esta batalla —«tot es va perdre a Almansa», recordaba el Dr. Canals en el prólogo a esta edición— supuso para Carlos III el abandono del Levante español y para el reino de Valencia la pérdida de sus fueros, y demuestra hasta qué punto eran débiles las posiciones austriacistas.

Pero, la guerra de Sucesión española seguía siendo una faceta de la lucha internacional que enfrentaba a las grandes potencias por la supremacía europea. A pesar de la victoria de Almansa de 1707, en 1709 la situación de Luis XVI es muy preocupante. Los ejércitos franceses han acumulado en los últimos años derrota tras derrota (Höschädt, 1704; Ramillies y Turín, 1706; Oudernarde, 1708; Malplaquet, 1709). El sol del rey de Francia se va oscureciendo y Luis se ve obligado a iniciar conversaciones de paz con los aliados. Entre las condiciones impuestas por éstos hay una que podría provocar un cambio espectacular y total en la situación: la renuncia obligada de Felipe V al trono español. Castellví está convencido, y en ello insistirá una y otra vez, de que la iniciativa de Luis XIV es una artimaña para suscitar la adhesión de los castellanos hacia su nieto, dividir a sus enemigos y ganar tiempo. Más verosímil y fundada parece la opinión de muchos historiadores que piensan que los intentos de Luis XIV de buscar una paz negociada eran claros y que el fracaso de las negociaciones se debió a su negativa a cumplir otra de las exigencias de los aliados: que en caso de negativa de Felipe V, él mismo contribuyera con la fuerza de sus armas a expulsarle del trono.

Mientras en las cancillerías se luchaba por la supremacía europea, los españoles (austriacistas y filipistas) se enfrentaban entre sí con dos discursos muy distintos. Castellví hace notar con intención el carácter de una lucha que nos atreveríamos a calificar de guerra de religión en la perspectiva de los filipistas. Las profanaciones sacrílegas y las violaciones cometidas por las tropas inglesas en su intento de desembarco en el Puerto de Santa María en 1702 marcarían para siempre la actitud de quienes por idiosincrasia no tenían motivos para recelar de Felipe V: los castellanos, desde el Cantábrico hasta Andalucía; ellos fueron los defensores incondicionales del trono del Borbón, al tiempo que se sentían partícipes en una cruzada contra los «herejes», entre los que incluían a los mismos catalanes, aragoneses y valencianos. Y como en estos años de 1706 a 1709 los hechos del Puerto de Santa María tuvieron su repetición en otros puntos les fue fácil a los dirigentes filipistas, unos sinceramente y otros con audaz astucia, alzar la bandera de la lucha religiosa. El caso del obispo de Cartagena y Murcia, el futuro cardenal Belluga, montando literalmente a caballo para ponerse al frente de las tropas de su región, mientras en su condición de cabeza de su iglesia conminaba con el estigma del pecado mortal a quienes no reconociesen y defendiesen a Felipe V, es quizá el caso más estridente, pero no es, ni con mucho, el único. A esto hay que atribuir, y Castellví no se está de notarlo, la frialdad, cuando no la hostilidad, con que Carlos III fue recibido en su paso por tierras castellanas y que impidió consolidar la posesión de Madrid; y hay que atribuir también la activación del sentimiento anticatalán que imprimieron a la lucha los castellanos. Que había conciencia de esto y de sus consecuencias lo demuestran las palabras que escribió Feliu de la Peña, antes de 1709: «... los franceses no atendían a sacro ni a profano en todos estos reinos, obrando atrocidades indignas de referirse. Pueden quedar desengañados el arzobispo de Zaragoza don Antonio Ibáñez de la Riva Herrera, el obispo de Murcia don Luis Belluga, los dos de la Corona de Castilla, y los demás, que publicaban o permitían publicar que éramos herejes, que quedaban profanadas las iglesias, que clérigos, religiosos y religiosas despreciaban el sagrado de su estado; viendo la religión católica tan venerada del rey y de los vasallos, cuanto despreciada de los secuaces del de Anjou, en repetidos lanices de esta guerra, como lo manifestará quien con más extensión escribiere los sucesos» (*Anales de Cataluña*, III, p. 596).

En el sector austriacista, en cambio, se insistía en la defensa de las libertades y los fueros, no sólo para justificar la lucha contra Felipe V y sus aliados franceses, sino incluso para poner sordina a los planes de Carlos III: cuando pidió que fueran expulsadas de Cataluña las familias de los partidarios de Felipe V y cuando exigió que la dinastía borbónica fuera excluida a perpetuidad del condado de Barcelona y de todos los dominios de las Españas. En ambos casos, los estamentos representativos advirtieron que estas medidas podían vulnerar las constituciones de Cataluña, aunque al final se llegase a un acuerdo. Pero es cierto que en la lucha se jugaba el futuro de estos fueros; y veremos en este volumen suprimirse las constituciones de Valencia y Aragón.

La convicción y el acerbamiento derivan en crueldad. Impresiona el ensañamiento de uno y otro bando en estos años: saqueos, destrucciones, incendios, exterminio de poblaciones enteras, tormentos, represalias mutuas... Odios entre

pueblos vecinos, nacidos a veces de una anécdota en apariencia insignificante pero que se transformó en lucha sangrienta y han pervivido prácticamente hasta nuestros días.

En medio de esta tragedia pueden resultar un bálsamo otros pasajes del volumen: por ejemplo, el compromiso matrimonial del Archiduque y la venida de su esposa a Barcelona, admirada por su belleza, su simpatía y su fervor religioso. Entonces se labró el amor que por ella sintieron los catalanes, un sentimiento que no siempre fue correspondido. No menos sobresale la figura de Carlos III, el Archiduque, «el Rey de los catalanes», a quien Castellví no regatea elogios.

Estos son algunos de los aspectos que nos parecen más destacados de este segundo volumen, que hacen de él una de las fuentes imprescindibles para conocer las repercusiones internacionales y las características de esta guerra tan singular. Pero, en cualquier caso, quienes tienen la palabra son el autor y los lectores.

* * *

En el primer volumen, cada capítulo o año se estructuraba según el siguiente esquema: texto de la narración, nomenclátor y documentos. En el manuscrito de este segundo Castellví emplea un orden distinto. No obstante, para facilitar el manejo de toda la obra, fieles a nuestra idea de ofrecer el manuscrito en su forma más cómoda, hemos seguido el criterio del primer volumen, como se advertirá por la sucesión de los folios marginales.

Por otra parte, Castellví, unas veces seguramente por ignorancia de la toponimia y de la geografía peninsulares (dejando aparte, por supuesto, las catalanas) y otras por seguir demasiado fielmente a autores extranjeros, se muestra con frecuencia impreciso en los nombres de los pueblos y los accidentes geográficos. Esto le lleva también a mover a las tropas de uno y otro bando por itinerarios a veces poco verosímiles, tanto por razones de tiempo como de espacio. Todo ello puede hacer difícil seguir el curso de las *Narraciones*, especialmente cuando el escenario es Aragón, Castilla, La Mancha y el sur del país valenciano. Algunos nombres de lugar están manifiestamente equivocados. Cuando no hemos podido subsanar el error poniendo en su lugar el nombre correcto, o la grafía nos ha parecido dudosa, hemos pospuesto al nombre el signo [?]. También lo hemos hecho en algunos nombres de persona (pero no en aquellos que aun no habiéndolos podido cotejar en otra fuente son verosímiles en su lengua correspondiente).

LOS EDITORES